



Santo Domingo en el trazado de una cartografía de la cultura hispanoamericana*

Gabriela Luque
Universidad Nacional de la Patagonia Austral

Resumen

En este trabajo, la propuesta es leer algunos textos del intelectual dominicano Pedro Henríquez Ureña, en busca de las claves de lo que denominamos una cartografía de la cultura hispanoamericana, a partir de la ciudad textualizada en el centro de ese mapa: Santo Domingo, punto de partida de la conquista española y lugar de nacimiento del escritor. En ese sitio se concentran ciertos recorridos, a partir de la elección de lugares simbólicos, que remiten a la colonia, pero también a la encrucijada de la modernidad que al mismo Henríquez Ureña le tocó vivir. La patria, la lengua, la tradición, el Caribe, aparecen entrelazados en esos textos.

Palabras clave: Henríquez Ureña – Santo Domingo – cartografía – cultura – ciudad

Yo vivo pensando en cómo podría regresar a vivir a Santo Domingo.
Pedro Henríquez Ureña

De las islas se sale, a las islas se regresa.
Roberto González Echevarría

En esta ponencia proponemos revisar algunos de los ensayos del intelectual dominicano Pedro Henríquez Ureña para destacar las claves cifradas en ese recorrido textual, con el que la escritura organiza una cartografía. Y, ciertamente, en el centro de ese trazado monumental, en el que la grafía propone una carta de marcación en el espacio, las huellas visibles nos llevan a hacer legible lo que está detrás, como si develáramos un palimpsesto, y es entonces cuando la aventura de releer a Henríquez Ureña se torna un viaje iniciático, lección que revisa el pasado para develar el presente de toda la América española.

¿Qué leemos en esa cartografía? El mapa abierto nos invita a adentrarnos en los recorridos múltiples que atraviesan la historia y la geografía hispanoamericanas, pero en el núcleo que condensa todos esos trayectos se asienta el sitio original, en su doble acepción de principio y peculiaridad. Ese espacio es la isla misma, la Española, aquella que, en palabras de Cristóbal Colón, "es para desear y vista es para nunca dejar"¹. Y es, a la vez, Santo Domingo, su ciudad natal, primera capital del Nuevo Mundo, punto de partida de las empresas iniciales de conquista y colonización, centro de condensación y de irradiación: así, sitio y lugar –conceptos provenientes del campo geográfico– son los términos precisos:

* Una primera versión de este trabajo (focalizado, empero, en la representación de las edificaciones de la ciudad de Santo Domingo) se halla en prensa (*Revista Espacios Nueva Serie N° 6*).

¹ Cito la "Carta a Luis de Santángel" (también conocida como "Carta sobre el Descubrimiento") del Capítulo I de *Las corrientes literarias de la América Hispánica* (Henríquez Ureña 1969: 11).



Santo Domingo puede localizarse por medio de coordenadas exactas, que señalan no sólo el espacio físico de la isla, sino una matriz de pertenencia y un primer signo de identidad.

Ese mapa abierto, en el que se entrecruzan y enlazan múltiples voces y formas, establece las líneas de su contorno –provisional y definitivo a la vez, pues fue la muerte en 1946 la que dejó trunco el proyecto escriturario y vital– en una obra central, *Las corrientes literarias de la América Hispánica*, cuya clave quizás pudiéramos situar en este fragmento de sus *Memorias*, texto notable en un escritor de apenas veinticinco años, que nos permite iniciar este desplazamiento:

A los tres años de edad, oyendo un día cantar el Himno Dominicano, letra de Emilio Prud'homme y música de José Reyes, y en él la palabra Patria, pregunté a mi madre su significado; me contestó: "Ya te lo diré después" y escribió una poesía sencilla, "Qué es Patria", en la cual explicaba a mi inteligencia infantil la noción, aludiendo de paso a su entusiasmo patriótico, que tantos himnos le inspiró entre 1873 y 1880... (Henríquez Ureña 1989b: 37)².

Ese episodio infantil nos presenta una escena de iniciación, en la que el mundo privado del pequeño Pedro intuye la pertenencia a la comunidad en el ritual del himno nacional. La evocación, más de veinte años después, en los comienzos de su actividad como escritor, muestra claramente cómo se enlazan los dos linajes que son, en realidad, uno solo: el familiar y el cultural, en la omnisciente figura materna de Salomé Ureña, nombrada "Poeta y Educadora de la Patria". La respuesta le es dada en forma de poema, e inicia la marcación del contorno del gran territorio de este mapa, el de la cultura, en cuyo centro está la literatura: tal como lo señalara en su "Introducción" a *Las corrientes*, en la que esa centralidad está destacada por la caracterización de la manera específica en que aborda los temas a tratar: la literatura, como especialista; las restantes expresiones artísticas, como observador (Henríquez Ureña 1969: 7-8). La operación, en ambas materias, a la que hemos aludido en otro trabajo, es siempre inclusiva, y nos permite señalar que no hay borramientos, sino delimitaciones precisas (Cfr. Luque 2006: 179). El movimiento de inclusión que el propio Henríquez Ureña desarrollará a lo largo de su vida de desplazado permanente, como él mismo señalara en carta a Alfonso Reyes (21 de mayo de 1914): "mi regla de no vivir como extranjero en ninguna parte"³. El desplazamiento del exilio, originado en razones políticas, esa marca que caracteriza y moldea al intelectual latinoamericano (Cfr. Sarlo 2000), aquí es Santo Domingo, el lugar al cual regresar, aunque tal vez nunca se regrese.

El crítico Roberto González Echevarría, al presentar su edición de *Las corrientes*, observa que "Pedro había nacido en el origen y sobre él habría de poner la primera piedra del templo que sería su historia literaria y cultural." (2002: 303). Y en ese sitio, marcado por coordenadas exactas desde los tiempos del Descubrimiento, Henríquez Ureña localiza el proyecto que se condensará en sus obras.

² En el Capítulo I de sus *Memorias* (escritas en México en 1909). Allí Henríquez Ureña elige algunos pocos momentos de su infancia dominicana y los desplazamientos del exilio familiar en Estados Unidos y Cuba.

³ Este fragmento es citado por Enrique Zuleta Álvarez en su Introducción a las *Memorias* y el *Diario* de Henríquez Ureña (1989b: 89).



Si una cartografía nos ofrece un modelo de representación de la realidad, construir esa cartografía es el resultado de un largo proceso intelectual y técnico. Aquí, las coordenadas no nos orientarán acerca de latitud ni longitud, pero sí lo harán acerca de emplazamientos culturales. Y ése es el sentido y el destino que Pedro Henríquez Ureña le asigna a Santo Domingo, y, por extensión, a la América Hispana, al referirse entonces al trazado de esas líneas:

...orientaciones, líneas directrices, que eran unas mismas en todas partes. Hay más: esas identidades se habían definido desde el siglo XVI; la América colonial había ya definido sus formas peculiares de vida, que la diferenciaban radicalmente de España (Henríquez Ureña, "Nuestros clásicos", cit. en Barcia 1994: 203-204).

En el proyecto escriturario de Henríquez Ureña, hay un tópico en el que toda su ensayística se asienta: Santo Domingo. En sus numerosos estudios⁴, se revela como un investigador de la historia y se propone recuperar ese pasado sobre la base de un estudio minucioso y fundado en copiosa bibliografía y material documental. La patria de origen y la ciudad natal se confunden, en su realización y proyecciones, con la biografía personal de un sujeto letrado, que muestra las trazas de una personalidad propia y original. La valoración del pasado histórico es la base sobre la que se asienta un proyecto intelectual moderno, que se interna en el legado hispanoamericano para proponer un modelo. Así lo destacará en su ensayo de 1945, "Dos momentos de la historia cultural de Santo Domingo", al referirse críticamente a una línea de lectura que persistía en igualar los años de la colonia con los de un tiempo improductivo. Así dirá expresamente: "No hubo en los siglos coloniales, se nos decía, otra cosa que oscuridad e ignorancia. Ahora vamos trabajosamente, disipando esta fantasía" (Henríquez Ureña 2000: 392)⁵.

No hay en los textos analizados descripciones que pongan de relieve la fecundidad de esa tierra o la abundancia de la naturaleza caribeña. Cuando el escritor quiere referirse a esos rasgos, cita al mismo Cristóbal Colón o a Pedro Mártir de Anglería, el paisajismo, es evidente, se lo deja a los cronistas. Es más, en numerosas oportunidades relaciona la abundancia de la tierra con las dificultades para el progreso de los habitantes: "En general, el trabajo era muy escaso, porque el suelo tropical regala frutos y raíces todo el año, sin necesidad de cultivo o con muy poco, y alimenta por sí solo al ganado" (Henríquez Ureña 2000: 387). Su obsesión, claro está, no es el paisaje natural. Henríquez Ureña fue, dice Arcadio Díaz Quiñones, el gran artífice del concepto moderno de la cultura hispanoamericana:

se comprometió vitalmente a construirlo, definiendo un campo y asegurando su estatuto. La necesidad de fundación y la construcción de un relato de beginnings fueron para él centrales. Como para Menéndez Pelayo, la tradición para Henríquez

⁴ Entre ellos, destacamos: "Memorándum sobre Santo Domingo", "Relaciones de Estados Unidos y el Caribe", "La antigua sociedad patriarcal de las Antillas" y "Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo".

⁵ Cabe destacar que es posible encontrar en los textos de Henríquez Ureña referidos a la América colonial un antecedente de la mirada que la crítica especializada desarrolla a partir de los años 70.



Ureña no era sólo el acto de transmisión sino una herencia que imponía obligaciones (2006: 167)⁶.

Si la tradición daba lugar a la creación de una trama, el punto de partida debía ser la colonia. Es por eso que, para Henríquez Ureña, Santo Domingo, su ciudad natal, República Dominicana, su patria, aparecen como un paraíso perdido, tal como lo señala certeramente el mexicano Enrique Krauze. En el medio de la compleja red cultural del Caribe, el ensayista destaca algunas pocas, pero monumentales construcciones, en particular, la catedral sin su torre y el claustro de la primera universidad. Estos dos espacios elegidos señalan un ámbito de pertenencia y reconocimiento, el de la cultura letrada, y se imponen por sobre el espacio íntimo de la casa familiar —que no fue una, sino muchas viviendas, aunque reconoce como principal la de la abuela materna, donde funcionó durante varios años la escuela. La casa familiar, sin embargo, es el núcleo primigenio, con la figura tutelar de la madre y educadora, pero reservado a unas pocas y definitivas líneas en la memoria.

Henríquez Ureña prefiere destacar los lugares que aparecen como mediadores en tanto que conectan a ese sujeto urbano moderno con la tradición letrada. Su ciudad se convierte, así, en un espacio simbólico, al que debe ingresarse a través de vías determinadas, vías que, en este caso, están focalizadas en edificios. En esta línea de análisis, citamos al historiador José Luis Romero:

Se acude a la ciudad a aprender, y lo que allí se enseña irradia de diversas maneras hacia su contorno. Y no solamente se enseña con la clase magistral: enseña la catedral, con sus vitrales y sus esculturas; enseñan sus edificios fastuosos (2009: 97).

La ciudad de la modernidad también aparece presente, en la breve mención a la luz eléctrica, “primera invención típica y exclusivamente del siglo XIX”, pero se destaca esa modernidad en relación con el ámbito de la cultura:

Del seno de las clases medias salieron los nuevos profesionales —médicos, ingenieros, abogados— que gracias a su profesión ascendieron de clase, y un nuevo tipo de hombre de letras que no era el caballero distinguido y refinado que distraía su ocio con la literatura: era menos esteticista, más comprometido y, generalmente, más utópico. Se lo veía junto con los pintores y escultores, en los cafés bohemios, en las tertulias literarias y artísticas, en los estrenos de los dramas y sainetes de sus compañeros, o en los talleres o en las exposiciones donde trabajaban sus amigos. Así se constituyó una especie de nueva cultura intelectual, sin que desapareciera, por cierto, la tradicional. Tenía ésta sus hogares: la Academia, las sociedades sabias, las universidades, y también las tertulias literarias de alto rango, muy exquisitas y un poco puristas, que se desarrollaban en los salones (Henríquez Ureña, cit. en Barcia 1994: 254).

⁶ Remitimos especialmente al capítulo 2, “Pedro Henríquez Ureña (1884-1946): la tradición y el exilio”, del libro *Sobre los principios* de Díaz Quiñonez, donde el autor analiza exhaustivamente las tres líneas que conformarían el imaginario de esos *principios*: la elaboración de una tradición nacional dominicana, el exilio como condición del intelectual moderno y la identificación entre cultura y orden.



El mapa es un documento que nos permite leer en él la información más relevante –siempre a juicio del cartógrafo– para ubicarnos en el espacio, orienta el derrotero. La información construye un texto alrededor de un objetivo, comunicar las claves, a partir de una percepción original y en un código preciso.

Así se va delineando este Santo Domingo de la infancia y del recuerdo personal, pero también de todo el continente: “Fue Santo Domingo el primer país de América que tuvo escuelas y conventos, el primero que se concedió universidad (1538), así como fue el primero que tuvo sede episcopal y Real Audiencia”. (Henríquez Ureña 2000: 374).

Si la cultura es el centro de sus reflexiones, Santo Domingo es el punto de partida de una tradición, encabalgada en una tradición mayor, la caribeña, compartida con otros ilustres exiliados como el cubano José Martí y el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, ambas figuras próximas a la familia. Linaje social y linaje familiar se entremezclan. Como bien señala Díaz Quiñones, la vida misma de Henríquez Ureña fue un viaje. Quizás entonces habrá que ver en ese rasgo la búsqueda de un anclaje sobre el cual refundar el territorio del intelectual latinoamericano, o, más bien, recuperarlo a través de la palabra. Volver los ojos hacia su patria se convierte, entonces, en un gesto de identidad. En efecto, el sujeto se afirma en la pertenencia a esa tierra lejana e, inhabilitado de residir en ella, la vuelve habitante de su escritura. El deslinde se produce en la escritura y la ciudad se funda una y otra vez en ella, protege y contiene en su misma imposibilidad de tenerla, como esa figura tutelar materna a la que hemos aludido, muerta como consecuencia de la tuberculosis cuando Pedro era un adolescente. La oposición de abundancia y carencia, una vez más, como matriz de un proyecto original: “Los títulos de Santo Domingo no son principalmente geográficos; son más bien espirituales. Santo Domingo es un fragmento de la gran familia hispánica, que ha vivido vida precaria, pero propia, durante más de cuatro siglos...” (Henríquez Ureña 2000: 373).

La misma condición caribeña es destacada por Henríquez Ureña en numerosos textos: “La ciudad de Santo Domingo se mantuvo como capital del Mar Caribe durante más de dos siglos..., envaneciéndose con el dictado de Atenas del Nuevo Mundo”⁷ (2000: 392). No es casual la comparación con Atenas, foco de irradiación cultural en el mundo helénico: Santo Domingo es el faro de la América Hispánica.

El desarrollo cultural es percibido como una forma de resistencia, por eso el acento puesto, fundamentalmente, en la educación, ligada siempre a las posibilidades del “desarrollo material”, tal como lo señala en una de las notas al último capítulo de *Las corrientes literarias de la América Hispánica*: “La insuficiencia de la educación y de las oportunidades económicas que se ofrecen a las masas son el origen de todos los obstáculos...” (Henríquez Ureña 1969: 199). Unidad de cultura, unidad de destino: ésa es una de las líneas rectoras del diseño de esta cartografía.

De esa manera, percibimos claramente las claves del recorrido que nos propone su obra, que cifran la raíz de ese algo propio y único, que la escritura volverá legible:

... implica decir que hay algo que es lo americano, de la América nuestra, distinto de lo europeo; ése algo no es una raza, no es un etnos, sino un ethos, una manera de

⁷ En “Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo”. La mención a Atenas aparece repetidamente en los textos de los intelectuales de comienzos del siglo XX, como rasgo de la recuperación de la cultura clásica.



pueblos, creada por siglos de convivencia, en semejanza de situaciones sociales y políticas, que han determinado una identidad de orientaciones espirituales (Henríquez Ureña, cit. en Barcia 1994: 203).

Volvemos a la escena de las *Memorias*: el pequeño Pedro escucha cantar el himno nacional, y esa letra despierta en él –casi como una certera premonición de la figura del futuro intelectual moderno antiimperialista– la avidez por la comprensión de uno de los fenómenos fundamentales de la misma modernidad, la nación, pero desde el concepto fecundante de la patria, en tanto germen y protección para sus hijos. En la historia cultural de Hispanoamérica, esa patria, la propia, deberá ser revisitada cada vez que se busquen coordenadas precisas, claves de lectura, proyectos originales.

Bibliografía

- Barcia, Pedro Luis (1994). *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*, Sto. Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos/Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- Díaz Quiñones, Arcadio (2006). *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, UNQui.
- González Echevarría, Roberto (2002). "Liminar (a la obra de Pedro Henríquez Ureña)", *Crítica práctica, práctica crítica*, México, Fondo de Cultura Económica: 300-304.
- Henríquez Ureña, Pedro (1947). *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1969). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. de Joaquín Díez-Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 3° reimpresión.
- (1989a). *La utopía de América*, Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot; compilación y cronología de Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot; Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2° edición.
- (1989b). *Memorias. Diario*, Introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.
- (2000). *Ensayos*. Ed. crítica de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (coords.), Madrid-París-Barcelona-México-Buenos Aires [etc.], ALLCA XX. Colección Archivos N° 35.
- Luque, Gabriela (2006). "Tras las huellas de Pedro Henríquez Ureña". *Revista Espacios Nueva Serie*, N° 2, UNPA, Río Gallegos.
- Rama, Ángel (1984). *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. (Literatura y política en el siglo XIX)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Romero, José Luis (2009). *La ciudad occidental*, Bs. As, Siglo XXI.
- Sarlo, Beatriz (2000). "Pedro Henríquez Ureña: lectura de una problemática", en Henríquez Ureña, Pedro, *Ensayos*. Ed. crítica de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (coord.), Madrid - París - Barcelona - México - Buenos Aires [etc.], ALLCA XX, 2000. Colección Archivos N° 35.



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



La Plata, 27-30 de abril de 2010
<http://ixcah.fahce.unlp.edu.ar>
ISBN 978-950-34-0841-4